

VI. Factores generadores de diversidad

Las guías de teléfonos nos hablan muy claramente del mayor y más singular hecho en relación con la ciudad: la gran cantidad de porciones que la componen, y la inmensa diversidad que contienen en sus interior estas porciones. La diversidad es algo conatural a las grandes capitales.

«Muchas veces me he divertido (escribió James Boswell, en 1791) pensando en cuán diferente es un mismo lugar de Londres para distintas personas. Estas, cuyas estrechas mentes se limitan a considerar alguna determinada pretensión *particular*, lo ven únicamente a través de este prisma... Pero el hombre de entendimiento recibe su impacto, pues comprende y canta la vida humana en toda su variedad, cuya contemplación es inagotable.»

Boswell no dio solamente una buena definición de las ciudades, sino que puso el dedo en una de sus llagas de más difícil tratamiento. Es fácil caer en la trampa de considerar los usos de una ciudad cada uno por separado, por categorías. Verdaderamente, hacer esto —analizar las ciudades uso por uso— se ha convertido en un procedimiento común de la urbanística. Los resultados obtenidos del análisis de varias categorías de usos son puestos, a continuación, en un conjunto, en un «amplio y global marco».

Las panorámicas globales que estos métodos engendran son tan útiles aproximadamente como el retrato compuesto por un ciego que palpó un elefante y después reunió sus averiguaciones. El elefante caminaba pesadamente, ajeno totalmente a la noción de si era una hoja, una serpiente, una pared, un tronco de árbol y una cuerda, todo ello puesto junto de alguna diabólica manera. Las ciudades, siendo como son artefactos obrados por nosotros mismos, no tienen tantas defensas contra tan solemnes majaderías.

Para entender una ciudad hemos de ocuparnos pronta y abiertamente de lo esencial, del fenómeno primario: las combinaciones o mezcla de usos, no la separación y aislamiento de ellos. Ya vimos la importancia de esto en el caso de los parques vecinales. Podemos pensar fácilmente —demasiado fácilmente— en los parques como fenómenos muy particulares y específicos, y también podemos describirlos como adecuados o inadecuados en términos de índices de metros cuadrados por tantos o cuantos habitan-

tas, pongamos por caso. Un tipo de análisis semejante nos dice algo sobre los métodos de los urbanistas, mas no nos dice nada útil sobre el comportamiento o valor real de los parques vecinales.

Una mezcla de usos, siempre y cuando sea lo bastante compleja como para sostener la seguridad urbana, el contacto público y la complicación de funciones y actividades, necesita una enorme diversidad de ingredientes. La primera cuestión —y a mi juicio la más importante, con mucho— sobre urbanización de ciudades es la siguiente: ¿Cómo pueden generar las ciudades una suficiente mezcla de usos y una suficiente diversidad a todo lo largo y ancho de un territorio suficiente, al objeto de conservar la civilización urbana?

Está muy bien reprimir la carcoma que es la uniformidad y la monotonía y comprender por qué es destructiva de la vida en una ciudad, pero esto por sí no nos llevaría muy lejos. Consideremos el problema planteado por la calle con bonita acera-parque de Baltimore, que mencioné en el capítulo II. Mi amiga, vecina de esa calle, la señora Kostritsky, tiene toda la razón cuando dice que a la calle le hace falta algún comercio, y que esto le vendría muy bien a la calle y a sus usuarios. Como puede suponerse, la incomodidad y la falta de vida pública de calle son simplemente dos de los muchos subproductos de su monotonía residencial. Un tercero es el peligro: torno a las calles oscuras. Algunas personas temen quedarse solas en sus casas durante el día desde que tuvieron lugar dos repugnantes asaltos a pleno sol. Más aún, el lugar carece de posibilidades comerciales y de interés cultural. Para todos puede ser evidente cuán fatal es la monotonía.

Mas, una vez dicho esto: ¿qué hacer? Estamos en un círculo vicioso. No nace la diversidad y la comodidad, el interés y la vitalidad porque el área necesite previamente estos beneficiosos resultados. Una persona cualquiera a quien se le ocurriese poner en semejante sitio una tienda sería estúpida. No ganaría ni para comer. Suponer que en esta calle cabe la posibilidad de originar una vida urbana animada es soñar despierto. Este lugar es un desierto económico.

Aunque es duro de creer, si miramos las áreas urbanas tristes y grises o las urbanizaciones residenciales o los centros cívicos, el hecho es que las grandes capitales son generadores naturales de diversidad, incubadoras prolíficas de nuevas empresas e ideas de todas clases. Más aún, las grandes ciudades son los hogares económicos naturales de inmensas cantidades y rangos de pequeñas empresas.

Los principales estudios sobre variedad y dimensiones de las empresas situadas en una ciudad se refieren a las manufacturas,

sobre todo los de Raymond Vernon, autor de *Anatomy of a Metropolis*, y de P. Sargant Florence, que analizó el efecto de las ciudades sobre las actividades fabriles en Estados Unidos y Gran Bretaña.

Es característico el hecho de que, cuanto más grande es una ciudad mayor es la variedad de su actividad fabril. Mayor es el número y proporción de sus pequeños fabricantes. Las razones de esto, en pocas palabras, radican en que las grandes empresas tienen una mayor autosuficiencia que las pequeñas, son capaces de cubrir por sí mismas la mayoría de sus necesidades en mano de obra cualificada y en equipo, pueden también constituir reservas de mercancías y, finalmente, están en condiciones de vender en mercados exteriores, cuyo rastro siguen con una tenacidad nada asombrosa. Por todo lo cual no necesitan radicar en las ciudades, y, aunque a veces les sea más ventajoso instalarse en el casco urbano, lo normal es lo contrario. Mas, si pasamos ahora a los pequeños industriales, comprobaremos inmediatamente que se trata, exactamente, del caso inverso. Por lo general, tienen que buscar sus materias primas, sus cualificaciones profesionales y muchas más cosas fuera de su campo propio; además, sirven un mercado reducido, y esto cuando puede hablarse de mercado; simultáneamente, han de ser especialmente sensibles a los cambios del mercado, pues de lo contrario corren el riesgo de desaparecer de manera fulminante. Sin las ciudades, no podrían sobrevivir; no existirían. Son dependientes de una enorme diversidad de otras empresas urbanas, y a su vez cada una añade algo a esa diversidad. No se olvide en ningún momento este último aspecto: la diversidad urbana origina, permite y estimula más diversidad.

Una situación análoga descubrimos en muchas otras actividades distintas a las fabriles. Por ejemplo, cuando la Connecticut General Life Insurance Company construyó su nueva sede central fuera del casco urbano, más allá incluso de Hartford, pudo hacerlo solamente a fuerza de instalar —además de los espacios destinados a oficinas y salas de descanso, departamento médico, etc.— un gran supermercado, un salón de belleza, una bodega, una cafetería, un teatro y una gran variedad de terrenos de juego. La mayor parte del día estos servicios no sirven absolutamente para nada pues sus eventuales usuarios están trabajando. Requieren subsidios, no porque sea un tipo de empresa ruinoso de por sí, sino porque su uso es muy limitado. Sin embargo, se supone que son necesarios todos estos servicios para atraer una fuerza de trabajo suficiente, y mantenerla después. Una gran compañía puede permitirse el lujo de subvencionar muchas de estas pequeñas empresas deficitarias y compensar las pérdidas con beneficios obtenidos en otra parte (a veces los endosan, simplemente, quizá para aliviar problemas contables). Pero una pequeña oficina no puede hacerlo en absoluto. Si una pequeña empresa quiere atraer

empleados competentes y estables, y mejores en ocasiones que los de una gran empresa, debe estar radicada en un lugar del casco urbano donde dichos empleados encuentren las comodidades subsidiarias y las opciones que quieren y necesitan. Ciertamente, una de las razones, entre otras muchas, por las que el tan cacareado éxodo de posguerra de las grandes oficinas (fuyendo de las capitales) no pasó de ser un simple rumor, es que la diferencia en el menor coste del espacio suburbano queda cancelada de sobras por el muy superior índice de espacio por trabajador necesario (servicios antes citados que en las ciudades ningún empleador, en cuanto tal, necesita poner a disposición de sus empleados, servicios que, por otra parte, no pueden sostener económicamente con su presencia las masas de trabajadores-clientes la mayor parte del tiempo).

Otra razón por la que esas empresas han permanecido en las ciudades (en calidad de pequeñas firmas independientes y dispersas), es que muchos de sus empleados, sobre todo los ejecutivos, necesitan estar en estrecho y personal contacto y comunicación con personas ajenas a su firma (incluyendo los gestores de las empresas pequeñas).

Los beneficios que las ciudades ofrecen a lo pequeño son especialmente importantes en el comercio al detalle, los servicios culturales y de esparcimiento. Y esto es así porque las poblaciones urbanas son lo suficientemente grandes como para tolerar amplias gamas de variedad y de elección en estas cosas. De nuevo encontramos que lo grande tiene todas las ventajas imaginables en las aglomeraciones pequeñas. Por ejemplo, los suburbios y las ciudades pequeñas son hogares naturales de enormes supermercados o plazas, y no lo son, o lo son menos, de tiendas más pequeñas, de comestibles, salas de cine normales, *drive-ins** y establecimientos similares, como teatros. Y es que, sencillamente, no hay en estas barriadas, ciudades pequeñas, ayuntamientos periféricos, etc., suficientes personas para atender y dar vida a tanta variedad, aunque sí puede haber (pero ya menos) quien utilice esos servicios cuando los hay.

No obstante, las ciudades también resultan ser los lugares naturales de los grandes almacenes, los cines corrientes, y junto a éstos, las tiendas *delicatessens*, las pastelerías finas, los ultramarinos igualmente finos, las salas de cine-chub, etc., establecimientos todos estos que pueden coexistir perfectamente, el de tipo estándar con el selecto, el grande con el pequeño. Siempre que se descubre una porción de ciudad animada y popular, lo pequeño supera, con mucho (en número), a lo grande.**

* Literalmente, accesible en automóvil. Son cines, restaurantes, bancos, etc., en que el automovilista ve o es atendido sin abandonar el vehículo. Cf. *Volvoqueer Dictionary*. (Nota del Traductor.)

** En el comercio al por menor esta tendencia se ha ido desarrollando vigorosa-

Al igual que los pequeños fabricantes, estas pequeñas empresas no podrían sobrevivir en ninguna otra parte de no existir las ciudades. Sin éstas, ni siquiera existirían.

La diversidad, de cualquier clase, generada por las ciudades se fundamenta en el hecho de que en éstas hay muchas personas, y muy juntas unas de otras, de donde se origina una inabarcable variedad de gustos, conocimientos, necesidades, preferencias...

Incluso prosperan los establecimientos más sencillos como puestos de propietario y un empleado —ferreterías, droguerías, dulcerías y bares—, en número y negocio en los distritos urbanos animados, porque en éstos hay gente suficiente para darles vida (y negocio) en cortos y convenientes intervalos; de rechazo, esta comodidad y esta cualidad interpersonal propia de los barrios constituyen activos muy productivos al servicio de los establecimientos pequeños. En cuanto dejan de ser frecuentados (sostenidos) en cortos y regulares intervalos, es que han perdido ese activo. En un determinado ámbito geográfico, la promoción entre la población, el espacio que ésta ocupa y las tiendas de la demarcación ha de ser muy regular. Cuando surge la incomodidad de la distancia, los pequeños, diversificados y personales establecimientos se marchitan.

Conforme nos trasladamos de una zona rural, con sus pueblos y pequeñas ciudades, a una zona urbana, las empresas comerciales aumentan en número, tanto en términos absolutos como relativos. En 1900 había veintidós establecimientos no agrícolas por cada mil personas en toda la Unión. En 1959, a pesar del inmenso crecimiento de las empresas gigantes durante ese período, el índice era del 26,5 por mil. Con la urbanización, lo grande se agranda todavía más, pero lo pequeño se multiplica numéricamente.

Por supuesto, lo pequeño y lo diverso no son sinónimos. La diversidad de las empresas urbanas tolera todos los grados de tamaño pensables porque una gran variedad no significa necesariamente una alto porcentaje de elementos pequeños. De todas formas, es cierto que un escenario urbano animado lo es en bu-

mente. Richard Nelson, experto en problemas del suelo de Chicago, en un estudio sobre las tendencias de posguerra de las ventas al detalle en unos veinte centros urbanos, ha descubierto que los grandes establecimientos comerciales han disminuido sus operaciones; las cadenas de establecimientos de productos varios las han mantenido aproximadamente al mismo nivel; los establecimientos pequeños y especializados han incrementado su negocio. Además, estos últimos han aumentado también en número. Estas pequeñas y diversificadas empresas no pueden competir fuera de la ciudad; pero a las grandes de tipo estándar les es fácil competir, en sus naturales lugares fuera de la ciudad, con las igualmente grandes residenciadas en el centro. Esto es lo que ha ocurrido en el barrio donde yo vivo. Wanamaker's, el gran almacén localizado anteriormente en Greenwich Village, ha cerrado sus puertas aquí y se ha trasladado a una zona periférica; al mismo tiempo, las pequeñas y diversificadas tiendas de la anterior vecindad de Wanamaker's han aumentado en número y prosperado económicamente de manera asombrosa.

na parte en virtud de su monumental colección de pequeños elementos.

Pero la diversidad, que es lo más importante en los distritos urbanos, no se reduce de ninguna manera a las empresas de negocio y actividad al por menor; insisto en esto porque puede parecer que hago demasiado hincapié en el comercio al detalle. No es así. La diversidad comercial es, en sí misma, de una enorme importancia para las ciudades, tanto social como económicamente. La mayoría de los usos de la diversidad a los que me referí en la primera parte del libro dependen, directa o indirectamente de la presencia de un comercio urbano abundante, cómodo y diverso. No obstante, siempre que descubrimos un distrito urbano con una variedad exuberante de comercios, también descubrimos una amplia gama de otros tipos de diversidad, como oportunidades culturales de diferentes clases, variedad de escenarios y ambientes, y, sobre todo, una gran variedad de personas y usuarios. Esto es algo más que una simple coincidencia. Las condiciones físicas y económicas que generan la diversidad comercial están íntimamente ligadas, al mismo tiempo, a la producción, o a la presencia, de otras clases de variedad urbana.

Empero, aunque pueda llamarse a la ciudades, con mucha razón, generadores económicos naturales de diversidad e incubadoras económicas naturales de nuevas empresas, esto no significa que las ciudades engendran por definición esa diversidad, es decir, simplemente porque existen. Generan diversidad porque, simultáneamente, forman una gran variedad de núcleos, económicos y eficientes, de distintos usos y aprovechamientos. Cuando no consiguen originar estos núcleos, entonces apenas consiguen generar más y mejor diversidad que los pequeños establecimientos considerados individualmente. No cambia los datos del problema hecho de que necesitan una diversidad social, a diferencia de los pequeños establecimientos. Conviene recoger aquí, como el hecho más sobresaliente, la extraordinaria desigualdad con que las ciudades generan diversidad y variedad.

Por otra parte, por ejemplo, las personas que viven y trabajan en el North End de Boston, el Upper East Side de Nueva York o el North Beach-Telegraph Hill de San Francisco, son capaces de usar y gozar grandes cantidades de diversidad y animación. Sus visitantes les ayudan poderosamente en este cometido. Pero los visitantes no crean los fundamentos de la diversidad en áreas como estas, como tampoco los han creado en muchas otras bolsas de diversidad y eficacia económica dispersas en las grandes capitales, a veces en los lugares más insospechados. Los visitantes llegan porque han oído algo vigoroso y ya existente; entran entonces a compartir ese tesoro, y, subsidiariamente, a reforzarlo y enriquecerlo.

En el otro extremo, existen enormes aglomeraciones urbanas

en las cuales, a pesar de su masa de población, sólo se genera estancamiento y, en última instancia, un fatal descontento del lugar. Y no es que estas personas sean diferentes, más aburridas, tristes o incapaces de vigor y diversidad. En muchos casos, estas aglomeraciones mastodónticas contienen hordas de buscadores de los ricos atributos de la animación y la vida, donde sea y como sea. Buena parte de los visitantes de los barrios populares proceden de las inertes urbanizaciones de los ensanches residenciales (las «afueras»). Lo que hemos de buscar, entonces, es la razón por la que huyen de sus distritos; seguros que habrá algún mecanismo fallando en su tarea de catalizar la capacidad de la población del distrito para crear interacciones económicas y núcleos eficientes de aprovechamiento y uso.

En principio, puede ser ilimitado el número de personas de una ciudad cuya potencialidad (como población urbana) se derroche de semejante modo. Consideremos, por un instante, el Bronx, un municipio de Nueva York con un millón y medio de habitantes, aproximadamente. El Bronx está horrorosamente huérfano de vitalidad urbana, de diversidad y magnetismo. Tiene, por supuesto, sus residentes leales, la mayoría de ellos adscritos a los escasos focos de animación (que, como por casualidad, radican en las calles de sus barriadas más antiguas), pero la verdad es que son muy pocos.

En un asunto tan sencillo (en relación con la amenidad y diversidad urbanas) como son los restaurantes —los interesantes, se entiende—, el millón y medio de habitantes del Bronx no son capaces de generar uno siquiera. Kate Simon, autora de una guía urbanística —*New York Places and Pleasures*— describe cientos de restaurantes y otros establecimientos comerciales, situados la mayoría en lugares insospechados apartados de los trayectos más usuales de los neoyorkinos. Kate Simon no es ninguna *snoob*, y gusta regular a sus lectores con descubrimientos gratuitos. Tras rendir homenaje a las dos sólidas atracciones metropolitanas, el zoo y el Jardín Botánico, pasa inmediatamente a recomendar un (uno sólo) lugar para comer, sito en los terrenos exteriores del parque. Como es la única posibilidad que nos ofrece, acompaña el obsequio con esta disculpa:

«El barrio constituye por desgracia una tierra de nadie; el restaurante quedaría regular rotocándolo un poco; pero una se reconforta al pensar que... el mejor médico de Bronx puede estar sentado en cualquiera de las mesas de al lado.»

Pues bien, así es el Bronx y es realmente una gran desgracia que sea así; una desgracia para los ciudadanos que viven en él ahora y para los que lo heredarán un día u otro en razón de su horfandad en lo referente a posibilidades económicas (capacidad

de elección); en fin, una desgracia para la ciudad como un todo.

Y si el Bronx es un lastimoso derrache de potencialidades urbanas, como efectivamente sucede, consideren el hecho aún más deplorable de que puedan existir ciudades y áreas metropolitanas enteras sin apenas diversidad y variedad urbanas. En la práctica, toda la área urbana de Detroit presenta tan escasa vitalidad y diversidad como el Bronx. Consiste en una serie de anillos concéntricos, verdaderos cinturones de seguridad formados por polígonos y conjuntos residenciales tristes, monótonos y grises. Ni siquiera el centro urbano de esta urbe es capaz de producir un mínimo respetable de diversidad. Es un centro desvaído y lóbrego; a partir de las siete de la tarde de todos los días, los ciudadanos lo abandonan en masa dejándolo prácticamente desierto.

Mientras nos quedamos tan anchos suponiendo que la variedad urbana representa accidentes y caos, su irregular génesis será para nosotros un verdadero misterio.

Sin embargo, podemos descubrir fácilmente las condiciones que generan la diversidad urbana si observamos con atención los lugares donde florece esa diversidad y estudiamos las razones económicas que la hacen nacer en dichos lugares y no en otros. Aunque los resultados son un enredo de solemnidad, y aunque los ingredientes que los producen varían enormemente, esa complejidad se basa en un sistema de relaciones muy tangibles que, en principio, son mucho más simples que las intrincadas interconexiones urbanas a que dan lugar.

Para generar una diversidad exuberante en las calles y distritos de una urbe son indispensables cuatro condiciones:

1. El distrito, y sin duda cuantas partes del mismo como sean posibles, ha de cumplir más de una función primaria; preferiblemente, más de dos. Estas han de garantizar la presencia de personas fuera de sus respectivos hogares, en diferentes circunstancias y por motivos diferentes, pero dispuestas a usar en común una amplia gama de servicios.

2. La mayoría de los bloques de casas han de ser pequeños, cortos; y ello a fin de procurar frecuentes posibilidades de doblar esquinas y cruzar calles.

3. El distrito ha de contener una gran mezcla de edificios, tanto en lo referente a su edad como a su condición, incluyendo por supuesto una alta proporción de casas antiguas, de forma que presenten una gran variedad en su rendimiento económico. Esta mezcla ha de ser necesariamente bastante compacta.

4. Ha de haber también una concentración humana suficientemente densa, sean cuales fueren los motivos que impulsan a los individuos a estar allí. Esto requiere también una densa concentración de personas presentes en dichos lugares por ser éstos su residencia habitual.

La necesidad de estas cuatro condiciones constituye el tema principal de nuestro libro. Combinadas, las cuatro crean núcleos efectivos y económicos de uso. Dadas estas cuatro condiciones, no todos los distritos de una ciudad producirán una diversidad equivalente. Las potencialidades de cada distrito difieren por muchas razones; no obstante, una vez desarrolladas cumplidamente (o efectuada la mayor aproximación posible a su completo desarrollo que quepa en la vida real), un distrito urbano ha de ser capaz, en principio, de realizar efectivamente sus mejores potencialidades, donde quiera que esté situado. Habrán de despejarse todos los obstáculos que se interpongan por medio. La gama de elementos de atracción no tiene por qué llegar hasta las esculturas africanas, escuelas de arte dramático o casas de té romanas; por lo general, las posibilidades reales sólo dan para tiendas de comestibles, escuelas de cerámica y alfarería, cines, dulcerías, floristerías, exposiciones, clubs de inmigrantes, ferreterías, comedores, o cualquier otro establecimiento, que pueden alumbrar perfectamente una poderosa variedad y desarrollo al máximo.

En los cuatro capítulos que siguen discutiremos sobre cada uno de estos cuatro generadores de diversidad, por orden. Los trataremos uno por uno por simple comodidad de exposición, no porque uno o varios sean válidos aisladamente. Para generar la variedad urbana son necesarios los cuatro, combinados; la ausencia de uno cualquiera puede frustrar las potencialidades de un determinado distrito.

VII. Necesidad de una combinación de usos primarios

CONDICIÓN 1ª: El distrito, y sin duda cuantas partes del mismo como sea posible, ha de cumplir más de una función primaria; preferiblemente, más de dos. Estas han de garantizar la presencia de personas fuera de sus respectivos hogares, en diferentes circunstancias y por motivos diferentes, pero dispuestas a usar en común una amplia gama de servicios.

En las buenas calles ha de haber gente a diferentes horas. Me refiero a un tiempo a pequeña escala, pero una hora tras otra y a lo largo de todo el día. Ya expliqué esta necesidad en términos de sociabilidad al discutir la cuestión de la seguridad en las calles y en los parques vecinales. Me referiré ahora a sus efectos económicos.

Como recordarán, los parques necesitan la presencia de personas en su inmediata vecindad, y por razones muy diferentes unas de otras; de lo contrario, los parques sólo serán usados esporádicamente.

La mayoría de las empresas de venta al detalle dependen, como los parques, de las idas y venidas efectuadas durante todo el día por una amplia gama de personas; pero con una diferencia: si los parques no consiguen forjarse un mínimo de animación, peor para ellos y sus vecindades, pero no desaparecen como consecuencia de esa deserción. En cambio, si las empresas citadas fracasan en este mismo sentido una parte importante del día, corren serio peligro de desaparecer. Y más concretamente, en la mayoría de estos casos sucede que nunca aparecen en primer plano. Las tiendas, como los parques, necesitan usuarios.

A pesar de ser un ejemplo humilde de los efectos económicos que produce la gente cuando está presente a lo largo de todo el día, me permitirá recordarles un escenario típico de ahora: el ballet de Hudson Street. La continuidad de este movimiento (que da a la calle su gran seguridad) depende de un substrato económico compuesto de usos combinados básicos. Los trabajadores de los laboratorios, de las plantas de embalaje de comestibles (principalmente carne) y de diversos almacenes, así como los empleados en una gran cantidad de pequeños talleres, imprentas y otras pequeñas industrias y oficinas, dan a los comedores y restaurantes y a muchos otros comercios un sólido y compacto sostén a mediodía. Los residentes en esta calle y en las adyacentes sólo podríamos sostener por nosotros mismos una intensidad comer-

cial mucho más módica. Poseemos más comodidad y animación, variedad y posibilidades de elección de las que «merecemos» por derecho propio. Los que trabajan en la barriada también poseen, a cuenta nuestra, más variedad de la que «merecen» por sí mismos. Sostenemos todos estos servicios conjuntamente, cooperando de manera inconsciente en su sostenimiento económico. Si el barrio perdiese sus industrias, el resultado sería desastroso para nosotros los residentes. Muchas empresas desaparecerían, incapaces de existir por sí mismas sobre la base de una actividad comercial del tipo de los ensanches residenciales. Por el contrario, si las empresas nos perdieran a nosotros, los vecinos, desaparecerían también puesto que no puede existir sobre la base de los trabajadores empleados en el barrio.*

En este sentido, trabajadores y vecinos, juntos, somos capaces de producir más animación y vida comercial que la suma de nuestras dos partes. Las empresas que sostenemos conjuntamente atraen a sus aceras, por las tardes, muchos más vecinos de los que saldrían a la calle si el lugar estuviese moribundo. En cierto (modesto) modo, consiguen atraer otros grupos de personas además de los trabajadores y vecinos locales. Atraen a un tipo de personas deseadas de variar un poco respecto de su propio barrio, como hacemos nosotros en otras ocasiones, para variar. Esta atracción representa para nuestro comercio una población aún más diversa y numerosa, y esto, de rechazo, ha permitido un ulterior y suplementario crecimiento y diversificación de la actividad comercial, que depende ahora de tres tipos de población (cuyas proporciones son, evidentemente, distintas): una tienda de estampas y grabados, un almacén que alquila equipo individual submarino, una botica de pizza de primera calidad y una agradable cafetería.

Pero una cosa es la pura cantidad de personas que usan las calles de una urbe y otra muy diferente la manera como estas personas se distribuyen por aquellas al cabo del día. En otro capítulo estudiaré el problema de la cantidad; por el momento, considero importante comprender que la cantidad, en sí misma, no equivale a una utilización constante y que abraza todo el día.

La significación de la distribución cuantitativa en el tiempo podemos verla muy claramente en una punta del centro urbano de Manhattan, un distrito que sufre un desequilibrio extremo en los tiempos de utilización del mismo por parte de sus usuarios. En esta parte trabajan en diversos empleos unas cuatrocientas mil personas; comprende la demarcación de Wall Street, los cen-

* Por favor, recuerden sin embargo que el factor de la presencia de usuarios durante todo el día es sólo una de las cuatro condiciones generales de la diversidad. No crea que él solo lo explica todo, aun cuando es, ciertamente, un factor esencial.

tros de las asesorías jurídicas y de las compañías de seguros, las oficinas del ayuntamiento, algunos departamentos federales y estatales, varios grupos de muelles y numerosas oficinas navieras, amén de infinidad de otras actividades productivas o de servicios privados u oficiales. Durante las horas de trabajo visitan el distrito grandes cantidades de personas, la mayoría para resolver asuntos en las oficinas o en los departamentos gubernamentales aquí radicados.

En conjunto, podemos hablar de una masa inmensa de usuarios de un espacio urbano lo suficientemente compacto como para que cualquiera de sus partes sea accesible a pie desde cualquiera otra distinta. Todos juntos, estos usuarios representan una fabulosa demanda diaria de comidas y otros bienes y servicios, sin contar los culturales, que son numerosísimos.

Empero, este distrito es absolutamente incapaz de procurar servicios y amenidades, en cantidad proporcionada a la demanda. Sus restaurantes y tiendas de vestir son lastimosamente inadecuados en número y variedad para satisfacer las necesidades de la población usuaria del distrito. El distrito tenía antes una de las mejores ferreterías de toda la Ciudad de Nueva York, pero hace unos pocos años no pudo hacer frente a sus obligaciones de pago y hubo de cerrar. También había en esta demarcación uno de los mejores, mayores y más antiguos establecimientos de comestibles finos de la ciudad; cerró sus puertas hace poco. En tiempos poseía unas pocas salas cinematográficas, pero poco a poco se convirtieron en lugares donde los ociosos indigentes solían echar largas cabezadas; también desapareció. Las oportunidades culturales del distrito son nulas.

Todas estas deficiencias —carencias—, que en principio pueden parecer superficiales y frívolas, constituyen un auténtico handicap. Una firma tras otra lo han ido abandonando y se han trasladado a las demarcaciones intermedias de Manhattan (hasta que éstas se han convertido en el principal centro urbano del mismo); y es que en dichas áreas medias existe una rica combinación de usos. Como decía un tratante en solares, sus departamentos de personal no pueden tener o retener individuos que ni siquiera son capaces de deletrear la palabra «molibdenum» (aludiendo al éxodo de personal cualificado). Estas pérdidas, de rechazo, han ido minando la antigua y superior comodidad del distrito para los contactos personales; por eso, ahora, las asesorías jurídicas y los bancos se trasladan progresivamente para estar más cerca de sus clientes, que se han trasladado antes que ellos. El distrito ha pasado a ser de segunda categoría en su función básica —cuartel general administrativo—, que es además la base de su prestigio y su razón (útil) de ser.

Entretanto, salvo la zona de grandes oficinas que forman la fascinante perspectiva de los rascacielos del Lower Manhattan, el

distrito presenta ahora un anillo de estancamiento y decaimiento, espacios vacíos e industrias residuales. Consideremos la paradoja: tenemos aquí una gran abundancia de personas, personas además que necesitan y valoran la diversidad urbana de tal manera que es difícil, y a veces imposible, evitar su huida rápida a otros lugares, donde encuentran la tan ansiada variedad. También hay, muy a la medida de su peculiar demanda, una gran abundancia de lugares cómodos y aun vacíos, aptos teóricamente para el surgimiento y desarrollo de la diversidad. ¿Qué es lo que funciona mal en este mecanismo?

Para averiguarlo, basta únicamente entrar en una tienda cualquiera y observar el contraste entre las batallas campales a la hora del almuerzo y la monotonía del resto de las horas. Basta, insisto, observar la quietud semejante a la muerte que se apodera del distrito después de las cinco y media y el sábado y el domingo enteros.

«Entran en riada», refería el «New York Times» citando las palabras de una vendedora de prendas de vestir. «Puedo decirle inmediatamente cuando pasan unos minutos de mediodía.» «El primer grupo inunda la tienda desde mediodía hasta un poco antes de la una», continúa el «Times». «Luego hay un ratito de respiro. Unos minutos después de la una quedamos sumergidos por el segundo grupo.» Y, después, aunque el periódico no lo dice, unos minutos antes de las dos, la tienda queda totalmente desierta.

El negocio que hacen las tiendas de bienes de consumo se concentra ferozmente en unas dos o tres horas al día, unas diez o quince a la semana. Este alto grado de subutilización es desastroso para cualquier negocio. Algunas empresas pueden cubrir sus gastos generales y hacer todavía algún beneficio explotando al máximo el tumulto del mediodía. No obstante, han de ser necesariamente pocos los establecimientos que consigan, simultáneamente, el grado máximo de tumulto, sin el cual las operaciones mercantiles no se sostienen. Los restaurantes, igualmente, han de vivir del almuerzo y de los cafés, pero no del almuerzo y la cena. Si fueran pocos, esas operaciones bastarían, probablemente, y podrían obtener pingües y rápidos beneficios en las horas del multitudinario rancho.

¿Cómo afecta todo esto a la comodidad general y amenidad de esos cuatrocientos mil individuos? Mal.

No es ninguna casualidad que la Biblioteca Pública de Nueva York reciba más (angustiosas) llamadas telefónicas de este distrito que de cualquier otro —a la hora del almuerzo, por supuesto—, preguntando: «¿Dónde está la sucursal de ustedes en este barrio? No la encuentro por ninguna parte.» Y es que no hay ninguna; esto es bastante corriente. Si la hubiera, nos cuesta imaginar cómo habría de ser (en lo referente a dimensiones) para atender las colas que se forman a mediodía a la hora del almuer-

zo y, quizás, a las cinco de la tarde; o para atender a los escasos clientes que aparecerían en las demás horas del día. ¿Muy grande o muy pequeña?

Aparte de las empresas escarriadas de los citados tumultos, cabe la posibilidad de que otros servicios al por menor consigan salir adelante siempre y cuando tengan unos gastos generales muy bajos. Así es como se las arreglan para sobrevivir la mayoría de los establecimientos interesantes, civilizados y raros que aún no se han marchado. Al mismo tiempo, esto explica que esos mismos establecimientos estén domiciliados en unos antros singularmente decrepitos y decaídos.

Los círculos financieros y similares radicados en el bajo Manhattan vienen haciendo grandes esfuerzos desde hace varios años —en cooperación con el Ayuntamiento— a fin de elaborar planes y proyectos que sirvan de base a una obra regeneradora de toda esta demarcación del distrito. Naturalmente, han procedido según las creencias y los principios de la urbanística ortodoxa.

El primer paso de su razonamiento es correcto. Toman nota del hecho de la crisis y de su naturaleza en general. El folleto (anteproyecto de reordenación urbanística) preparado por la Asociación del Centro Urbano del Bajo Manhattan dice:

«Ignorar los factores que amenazan la salud económica del bajo Manhattan es como aceptar la existencia del continuo éxodo de negocios y actividades establecidos tiempo atrás; que emigran a áreas en las que encuentran mejores condiciones de trabajo y un ambiente más agradable y cómodo para sus empleados.»

El folleto emite, además, un vislumbre de entendimiento sobre la necesidad de distribuir la presencia de la gente a lo largo del día, puesto que en otro lugar dice:

«Una población residencial en el mismo estimularía el desarrollo del esparcimiento y garajes, que serían de gran utilidad también para la población empleada aquí.»

Mas, como puede apreciarse, el vislumbre de entendimiento es demasiado pobre y los proyectos no son más que un ejercicio de cura irrelevante con la enfermedad.

Por supuesto, los anteproyectos prevén la introducción de una población residente fija. Para ello hace falta mucho espacio, en forma de grupos de viviendas urbanizadas, aparcamientos y espacios verdes (o sea, espacios vacíos); por lo que a la población a instalar se refiere, el folleto manifiesta que sólo representará un uno por ciento sobre las personas que utilizan el distrito durante el día. ¡Heráclito, el poder económico que es capaz de ejercer una banda tan pequeña! ¡Asombrosas, las hazañas del hedo-

nismo que la susodicha banda habrá de realizar para alumbrar «el desarrollo de servicios y tiendas, restaurantes, establecimientos de esparcimiento y garajes, que serían de gran utilidad también para la población empleada aquí».

Evidentemente, la nueva población fija es sólo una parte del proyecto. Las otras tendrán la virtud de agravar la actual crisis. Lo harán de dos formas. Primero, creando las bases para la entrada de más personal diurno: industrias, oficinas internacionales de comercio y un enorme edificio destinado a oficinas federales, entre otras innovaciones. Segundo, eliminando gran parte de los servicios y comercios con mezquinos gastos generales actualmente existentes para servir a la población trabajadora, con lo cual se conseguirán amplios espacios de suelo urbanizables para los centros de trabajo adicionales, los bloques de viviendas y sus inherentes autopistas. Se quitarán muchos servicios, ya demasiado exigüos en categoría (y cantidad) para la población trabajadora actual, medida ésta que es un subproducto de la necesidad de añadir más población trabajadora y un número de residentes fijos estadísticamente insignificante. Las actuales condiciones, ya muy incómodas, se harán intolerables. Además, los planes eliminarán para siempre la posibilidad de desarrollar ulteriormente unos servicios razonablemente adecuados, porque para entonces ya no habrá espacio para ellos a un alquiler económico, base de incubación de nuevas empresas.

El bajo Manhattan está en un verdadero aprieto; todos los razonamientos rutinarios y composturas de la urbanística ortodoxa no hacen otra cosa que precipitar la crisis, aunque de forma ordenada y concertada. ¿Qué puede hacerse para mejorar efectivamente el grave desequilibrio en los horarios de sus usuarios, raíz evidente de esta crítica situación?

La población residencial no sería de gran utilidad, y ello aunque se introduzca de manera distinta a la proyectada. El uso diurno del distrito es tan intenso que los residentes fijos, aun cuando representaran la más alta densidad posible, siempre serían inefectivos a causa de su inferioridad proporcional, y casi derrocharían un espacio de una extensión también desproporcionada con la contribución económica que en el mejor de los casos aportarían.

El primer paso en la programación de la introducción de nuevos y vigorosos usos es tener una idea práctica de cuál es el objeto de esa infusión de innovaciones y cuál su alcance, lo que se espera de ella, siempre y cuando lo que se busque sea extirpar la raíz de los males del distrito.

Es obvio que la infusión ha de dar lugar a la presencia del máximo número de personas en las horas en que el distrito está más necesitado de equilibrio en relación con sus actuales horas punta (mediodía): a media tarde (entre las dos y las cinco), al

anochecer, por la noche, los sábados y los domingos. Las únicas concentraciones posibles lo suficientemente grandes como para dar lugar a una mínima diversificación son aquellas consistentes en un gran número de visitantes del distrito a esas horas, es decir, turistas y habitantes de otras partes de la ciudad que habrían de acostumbrarse (verse atraídos) a frecuentarlo una y otra vez sin que se agotara su necesidad de variedad.

Por lo demás, todo lo que consiga atraer esta infusión de nuevas masas de gente atraerá, sin duda, a los que trabajan en el distrito. Al menos, esto no les aburrirá o repelerá.

Y, finalmente, este nuevo uso (o usos) debe estar de acuerdo con la personalidad peculiar del distrito, y no contrariarla en absoluto. Lo característico del bajo Manhattan es que resulta intenso, excitante, dramático, y hasta romántico. He aquí un buen puñado de activos productivos. ¿Hay algo más dramático o romántico que los ruinosos torreones del bajo Manhattan, elevándose abruptamente hacia las nubes como un castillo encantado ceñido por su foso de agua? Su singular *touch* de irregular y revuelta dentadura, sus cañones flanqueados por inmensas torres son su mayor atractivo. Echar abajo esta espléndida city representaría un acto de vandalismo (los actuales proyectos ya son verdaderamente vandálicos); los agentes de destrucción serían una vez más lo torpe y lo uniforme.

¿Qué hay en estos lugares que atrae visitantes en las horas de ocio, por ejemplo los fines de semana? Con los años, desgraciadamente, casi todas las razones (susceptibles de ser desarraigadas) que tenían los visitantes para acercarse a esta demarcación, han sido, efectivamente, desarraigadas. El acuario, instalado en Battery Park, al extremo de la isla, era la atracción principal de este parque; pues bien, lo han levantado y trasladado a Coney Island, el último sitio donde podía suponerse que hacía falta un acuario. Una exótica y animadísima barriada de armenios (era la única que contaba a la hora de traer turistas y visitantes en general) cayó bajo los golpes de las piquetas y los bulldozers para dejar sitio a un túnel de acceso. Actualmente, las guías urbanas y las secciones femeninas de los periódicos envían visitantes por todo Brooklyn para que encuentren otra vez los restos de aquellas extraordinarias y trasplantadas tiendas.

Las excursiones en botes y jardinerías hasta la Estatua de la Libertad tienen ahora menos encanto, dada la nueva organización de control del tipo supermercado. El *snack bar* del Departamento de Parques y Jardines, en Battery, es tan horroroso como la cafetería de una escuela. El propio Battery Park, instalado en la parte más movida de la ciudad, matido en el puerto como una proa de barco, parece haberse convertido en el solar de alguna casa de ancianos o de un asilo. Todo lo que el plan toca queda

inmediatamente maldito en este distrito (incluso lo que simplemente está en proyecto, como si dijéramos su parvenir); todo clama a los seres humanos: «¡Marchaos! ¡Dejadme solo!» Ya no dice: «¡Venid!»

Extraordinarias son, en verdad, las hazañas de estos planes.

La parte ribereña es el primer patrimonio (derrochado) capaz de atraer masas de gente en sus ratos de ocio. Una parte de esta área debía ser convertida en un gran museo marino, donde anclarían permanentemente diversos especímenes de curiosidades marineras, la mejor colección de todo tipo de barcos expuesta en todo el mundo. Su objeto sería atraer turistas al distrito por las tardes, turistas y también ciudadanos de la urbe los fines de semana y días festivos; en verano podría ser un lugar espléndido para visitarlo por las noches. Otras instalaciones ribereñas presentarían embarcaderos para excursiones de placer por el puerto y alrededor de la isla; en principio, estos embarcaderos tendrían toda la gracia y encanto con que la sensibilidad artística fuese capaz de dotarlos. Si con todo esto no se instalaban después, espontáneamente, restaurantes flotantes, ponga por caso, entonces yo cogería mi pluma y la tiraría al mar.

Además, deben instalarse atracciones subsidiarias o complementarias, pero no ribereñas solamente, sino un poco hacia el interior, en la misma matriz de las calles, deliberadamente, para ir empujando poco a poco a los visitantes y turistas hasta las atracciones marineras. Habría que construir, por ejemplo, un nuevo acuario cuya entrada fuese completamente libre, a diferencia del de Coney. Es evidente que una capital de ocho millones de habitantes puede alimentar dos acuarios; no menos evidente es que el ayuntamiento de una ciudad semejante tiene los suficientes recursos para permitir la contemplación de todas las variedades acuáticas gratuitamente. También ha de construirse la sucursal de la Biblioteca-librería que tanto hace falta en esta demarcación (y que sea fija y no circulante, como suele hacerse); además, sería muy necesario crear una biblioteca especializada en temas del mar.

Por las noches y los fines de semana deberían celebrarse acontecimientos especiales basados en todas estas atracciones; a lo que se habría de añadir una ópera y un teatro de coste económico: Jason Epstein, estudioso y publicista de temas urbanos, que ha examinado diversos experimentos efectuados en las ciudades europeas con la intención de ver el aprovechamiento que de ellos podría sacar el bajo Manhattan, sugiere un circo de una sola pista y permanente, como el que hay en París. Si esto se hiciese como es debido, sería mucho más eficaz en tanto que alegre sostén a largo plazo de los negocios y establecimientos de la zona que las aburridas adiciones de más plantas fabriles, que ocupan demasiado espacio y no contribuyen en nada a reforzar

la vida del distrito (plantas que mejor estarían en otros lugares, donde hacen mucha más falta).

Cuando, por las noches y los días festivos y sábados, el distrito se animase con la presencia de turistas y visitantes de todas clases, casi seguro que antes o después surgirían espontáneamente usos básicos; por ejemplo, los residenciales. El Lower Manhattan contiene numerosas casas antiguas, muy deterioradas pero altamente atractivas, del tipo precisamente que ha sido rehabilitado en áreas a punto de morir. A no dudarlo, las personas en busca de algo único y animado (y con dinero) se pegarían por poseerlas. Sin embargo, los vecinos en esta área han de ser necesariamente una manifestación (consecuencia) de la vitalidad general del distrito, no una causa de ésta.

¿Creen ustedes que mis sugerencias en favor de usos adicionales basados en atracciones para los ratos de ocio son frívolas o caras?

Pues consideremos entonces los previstos costes de los planes preparados por la Asociación del Centro urbano del Bajo Manhattan y el Ayuntamiento para la construcción de más centros de trabajo, más aparcamientos y bloques de viviendas urbanizadas y... una autopista que facilite a los nuevos vecinos, los días festivos y sábados, la huida del distrito.

Según los anteproyectistas, estas innovaciones costarán mil millones de dólares, en dinero público y privado.

El extremo desequilibrio de los horarios diurnos en el bajo Manhattan, con unas horas punta realmente dramáticas y el resto del tiempo ganado por la solidez y la monotonía, ilustra un cierto número de sobrios y templados principios susceptibles de ser aplicados igualmente a muchos otros distritos urbanos.

Ninguna barriada o distrito, mejor o peor establecido, más o menos prestigioso o adinerado, más o menos intensamente poblado por un conjunto de motivaciones determinadas, puede rechazar o menospreciar la necesidad de distribuir la presencia de personas a lo largo de todo el día sin frustrar al mismo tiempo su capacidad potencial para generar la diversidad.

Más aún, una barriada o un distrito perfectamente calculados, aparentemente, para cumplir una sola función —el trabajo u otra cualquiera— y teniendo a su disposición todo lo aparentemente necesario para el cumplimiento de la misma, no pueden en realidad procurar todo lo necesario si se les confina, reduce y limita a esa única función.

Si un plan destinado a salvar un distrito carente de distribución humana diurna no ataca la raíz misma del problema, lo único, en el mejor de los casos, que conseguirá es reemplazar la vieja carcama por una nueva y más reluciente. Podrá parecer más limpio y atractivo algún tiempo, pero creo que no vale la

pena gastarse tanto dinero para conseguir resultados tan menguados.

Por cierto, no ha de perderse de vista que yo me estoy refiriendo ahora a dos tipos diferentes de diversidad. El primero lo forman los usos primarios; son aquéllos que, por sí mismos, llevan cantidades de gente a un sitio determinado. Motivo: esos usos operan como mecanismos de anclaje. Son usos primarios las oficinas y las fábricas. También las viviendas. Algunos lugares destinados a esparcimiento, educación y recreo son igualmente usos primarios. En cierto grado (esto es, para una importante proporción de sus usuarios), lo mismo puede decirse de muchos museos, bibliotecas y exposiciones de arte, pero no de todos.

Los usos primarios pueden ser a veces des acostumbrados. En Louisville se instaló durante la guerra un gran mercado de muestras de zapatos: saldos, reventas, de segunda mano, gangas en una palabra; desde entonces, gradualmente, el citado mercado se ha ido desarrollando hasta el punto de que ahora existen unas treinta tiendas de la especialidad concentradas en cuatro bloques de casas de una sola calle. Grady Clay, director de la sección del suelo del «Louisville Courier-Journal», crítico y destacado proyectista y urbanista además, refiere que en conjunto el grupo de zapatería allí instalado posee medio millón aproximadamente de pares de zapatos entre sus escaparates y almacenes.

«Está situado en pleno centro de una de esas áreas grises y monótonas (me escribe el señor Clay); pero, tan pronto como corrió el rumor, se abalanzaron sobre el mismo badadas de compradores; tantas que ver allí gente de Indianapolis, Nashville o Cincinnati vendiendo zapatos. Ahora hay incluso varias tiendas de Cadillac. He estado reflexionando sobre ello. Nadie pudo haber planeado este crecimiento. Nadie lo ha estimulado. La mayor amenaza que se cierne sobre este pequeño barrio es en realidad la autopista que lo atravesará por la mitad. En el Ayuntamiento parece que nadie se preocupa en absoluto de impedirlo. Tengo la esperanza de conseguir algunos apoyos...»

Como nos sugieren estas líneas, nadie puede determinar, basándose en signos exteriores de supuesta importancia o en algo exterior que nos impresiona, la mayor o menor eficacia de un uso primario en tanto que factor de atracción. Hay ciertas apariencias, algunas impresionantes, que en la práctica se revelan ineficientes. Por ejemplo, el edificio central de la biblioteca pública de Filadelfia, empotrado en un centro cultural monumental, atrae menos usuarios que entre tres sucursales de la misma institución (una de éstas es un atractivo establecimiento pero muy poco ostentoso situado en medio de la zona comercial de Chest-

nut Street). Como muchas empresas culturales, las bibliotecas son un combinado de uso primario y uso de comodidad, y funcionan mejor cuando se mezclan estos dos atributos. En cambio, el edificio central de la biblioteca es mucho más imponente en dimensiones y apariencia externa, no digamos ya en su fondo de libros. Mas, en su papel de elemento de uso urbano, las sucursales son más significantes, desmintiendo así a las apariencias. Siempre que intentemos comprender cómo operan las combinaciones de usos primarios es necesario que pensemos en términos de realización práctica, es decir, fijándonos en las preferencias de los usuarios.

Un uso primario cualquiera es por sí mismo relativamente ineficiente en tanto que creador de diversidad urbana. Si se le combina con otro uso primario que impulse a la gente a entrar y salir de un sitio, ir o venir por la calle o lugar en cuestión a *un mismo tiempo*, nada habremos conseguido. En la práctica, ni siquiera podemos considerar diferentes esos dos usos primarios. No obstante, cuando se combina eficientemente un uso primario con otro capaz de atraer personal a *diferentes horas* a la calle o lugar en cuestión, entonces el resultado puede ser estimulante desde el punto de vista económico; un ambiente y contexto fértiles para una diversidad suplementaria o subsidiaria.

Diversidad subsidiaria es una expresión apta para definir las empresas que surgen como respuesta a la previa presencia de usos primarios. Si esta diversidad subsidiaria sirve únicamente usos primarios, sea cual fuere el tipo de uso en cuestión, no se obtendrán resultados efectivos positivos.* Pero, si sirve usos primarios combinados podemos estar seguros de su inherente eficiencia y —siempre y cuando sean igualmente favorables las otras tres condiciones de la diversidad— exuberancia.

Si esta variedad de uso diversificado (en el tiempo) de una calle da origen a una diversidad de consumiciones o gustos a lo largo de todo el día, puede dar lugar también a la aparición de toda clase de servicios y tiendas especializadas típicas de las aglomeraciones urbanas; por lo demás, esto proceso se alimenta a sí mismo. Cuanto más complejamente combinados y, por consiguiente, más eficientes sean los núcleos de usuarios, más numerosos serán los servicios y tiendas que necesiten tribar su clientela y

* Los centros comerciales que sólo sirven usos primarios de tipo residencial, por ejemplo, sufren problemas similares a los del bajo Manhattan, pero al revés por lo que se refiere al tiempo. Muchos de estos centros comerciales están cerrados por la mañana y abiertos hasta altas horas de la noche. «Tal y como están las cosas ahora —decía un ejecutivo citado en el «New York Times»— puede usted disparar un cañonazo en cualquiera de estos centros comerciales a mediodía sin miedo; no alcanzará usted un alma». La ineficiencia inherente a servir un solo y único uso primario es una de las razones (junto con otras varias) del porqué hay tan pocos centros comerciales capaces de sostener otra cosa que no sean empresas de tipo standard y que hacen sus operaciones de venta en unas pocas (y tumultuosas) horas.

especializarse para atender convenientemente todo suarfe de población; y, de rechazo, más personas se verán atraídas... Pero, de nuevo, es necesario hacer otra distinción.

Si la diversidad subsidiaria florece suficientemente y es capaz de ofrecer servicios des acostumbrados o únicos, puede, en principio (y lo hace), convertirse por vía acumulativa en uso primario. Ocurre entonces que los clientes salen de sus casas para dirigirse concretamente a un lugar determinado y no a otro. Esto es lo que sucede en los buenos distritos comerciales y, en menor grado, en Hudson Street. No me gustaría subvalorar este aspecto; es vital para la salud económica de las calles y distritos de una ciudad, y de la ciudad como totalidad. Es vital, también, para la fluidez de uso, para ensanchar la gama de alternativas e intensificar las diferencias útiles e interesantes características de cada una de las calles o distritos.

Sin embargo, la diversidad subsidiaria pocas veces se convierte en un uso primario rigurosamente. Si se desea que conserve permanentemente su poder de atracción y que aumente y cambie su vitalidad, ha de retener su base elemental formada por usos primarios combinados (la gente se distribuye a lo largo de todo el día por unas razones fijas). Esto es verdad aún en los centros comerciales situados en el centro urbano, que están en estas demarcaciones, principalmente, porque al lado hay otros usos primarios combinados; y se marchitan cuando estos últimos se desequilibran (en el tiempo) gravemente.

Me he referido varias veces, de pasada, a que las combinaciones de usos primarios han de ser operativas si realmente quieren generar diversidad. ¿Qué es lo que las hace operativas o eficientes? Por supuesto han de combinarse con las otras tres condiciones que estimulan la diversidad. Pero, además, la combinación primaria ha de tener una ejecutoria operativa por sí misma.

La operatividad significa, en primer lugar, que quienes usan las calles en horas diferentes han de usar, de hecho, las mismas calles. Si sus itinerarios se separan o se contraponen no habrá, en realidad, combinación. En términos de interés económico de las calles, el sostén mutuo entre lo que es diferente viene a parar entonces en mera ficción, o algo parecido a una abstracción de usos diferentes yuxtapuestos que sólo tienen significado en un plano o en un mapa.

La operatividad significa, en segundo lugar, que quienes usan las mismas calles a diferentes horas han de utilizar, al menos algunos, una proporción relativa de los mismos servicios. Pueden estar presentes todos los tipos de personas imaginables, pero los que están por una misma razón (y al mismo tiempo) no han de separarse ni diferenciarse de una manera totalmente incompatible de los que están por otra razón. Un ejemplo extremo de lo que digo podemos observarlo justamente allí donde las nuevas

instalaciones de la Ópera Metropolitana de Nueva York ha de compartir un trozo de calle con un bloque de viviendas de renta baja, al otro lado de la calzada; esta yuxtaposición no tiene pies ni cabeza (aún en el caso de que hubiera en dicho lugar una plataforma favorable al desarrollo de una diversidad sostenida recíprocamente). La verdad es que rara vez se da de modo natural en una ciudad este insuperable contrasentido, pero los planes de urbanismo los introducen con mucha frecuencia.

Y, finalmente, la operatividad significa que la mezcla de personas en una calle a una misma hora del día ha de establecer con las personas presentes a otras horas algún tipo de conexión razonablemente proporcionada que evite la discontinuidad. Ya hice referencia a este particular cuando hablamos de los proyectos para la parte baja del Lower Manhattan. Se ha dicho muchas veces que los centros urbanos animados son aptos para albergar viviendas en su inmediata periferia o en su interior. Los centros urbanos, entonces, pueden albergar usos «nocturnos» para disfrute de los residentes (sin olvidar el sostén que éstos les prestan). Esta observación es aguda cuando se mantiene dentro de ciertos límites prudentes; de lo contrario se pueden extraer consecuencias funestas de su vigor creador. Así, por ejemplo, muchas ciudades esperan milagros de las áreas residenciales radicadas en el interior de sus centros urbanos; véase, si no, el plan previsto para el Lower Manhattan. Pero, en la vida real, donde estas combinaciones tienen auténtica vitalidad las zonas residenciales son parte integrante de complejísimo núcleos urbanos *diurnos*, *nocturnos* y de *fin de semana*, cuyos usos están razonablemente equilibrados.

De modo semejante, unos miles de trabajadores emparedados entre decenas o centenas de miles de «residentes» son totalmente incapaces de equilibrar de manera apreciable ni el conjunto ni un determinado y particular lugar. En la práctica, igualmente, un sólo edificio destinado a oficinas y despachos en medio de un escenario totalmente diverso conseguirá muy poca, o ninguna, diversidad. En resumen, lo que cuenta realmente en las combinaciones primarias es la tarea ordinaria y cotidiana consistente en mezclar diferentes personas a fin de conseguir la creación de núcleos de ayuda económica recíproca. Esto es lo importante, esto es lo tangible y concreto desde el punto de vista económico, y no unos supuestos efectos vagamente «atmosféricos».

Hasta ahora no hemos pasado de los centros urbanos. No es porque las combinaciones de usos primarios no sean necesarias en cualquier otro lugar de las ciudades. Por el contrario, lo son y mucho; además, el éxito en las combinaciones de centros urbanos (o en las partes más intensas de una urbe, sea cual fuere

su nombre) está en estrecha relación con la posibilidad de complementarias combinaciones en otras partes de la ciudad.

Me he referido principalmente a los centros urbanos por dos razones en particular. Primera, porque una combinación primaria insuficiente es el fallo característico de nuestros centros urbanos, y muchas veces el único fallo básico, ataque desastroso. La mayoría de los centros urbanos de las grandes capitales cumplen —o cumplieron en otro tiempo— las cuatro condiciones necesarias para generar la diversidad. Precisamente porque esto es (o era) verdad, son hoy centros urbanos. En la actualidad, es normal que sigan cumpliendo al menos tres de las tan citadas cuatro condiciones. Pero también es cierto que se han dedicado últimamente con preferencia (por razones que pasaremos a discutir en el capítulo XII a centros de trabajo, con el resultado de contener un número excesivamente pequeño de personas fuera de las horas laborales. Esta condición ha sido más o menos formalizada por la jerga urbanística, que ya no habla de «centros urbanos» sino de «Distritos Centrales de Negocio». Un D. C. N. que sea en efecto lo que su nombre indica, es un completo fracaso. Pocos centros urbanos han alcanzado (todavía) el grado de desequilibrio característico del bajo Manhattan. La mayoría tienen, junto a su población trabajadora, una buena cantidad de compradores diurnos durante las horas de trabajo y los sábados. No obstante, también es verdad que la mayoría están recorriendo punto por punto el camino que conduce a un desequilibrio total; y lo peor es que tienen menos patrimonio potencial que el bajo Manhattan para recuperarse.

La segunda razón para hacer hincapié las combinaciones primarias de un centro urbano se remite a sus efectos directos sobre las otras partes de la ciudad. Probablemente, todo el mundo es consciente de que las ciudades dependen siempre, de alguna manera, de su corazón (centro urbano). Cuando el corazón de una urbe se para o se desintegra, ésta empieza a sufrir en tanto que conjunto social; las personas llamadas a estar relativamente juntas no lo están a causa de un fallo en el núcleo central generador de actividades. Los tejidos de vida ciudadana pública presentan huecos que ellos no pueden llenar por sí mismos. Si no existe un corazón fuerte e *inclusivo*, la urbe tiende a convertirse en una colección de intereses aislados unos de otros. En este caso fracasa en su cometido de producir algo cualitativamente superior y más grande —desde el punto de vista social, cultural y económico— que la suma de sus partes separadas.

Todas estas consideraciones son importantes; pero también estoy pensando en un efecto económico más específico y que un corazón (urbano) fuerte es capaz de ejercer sobre otros distritos.

Los beneficios específicos que las ciudades procuran a la incubación de vida y animación operan, como ya señalé antes, con

eficiencia y seguridad allí donde surgen los núcleos de uso más complejos. De estas incubadoras de empresas pueden salir, a su vez, retoños económicos capaces de transferir (así ocurre en la vida real) su vigor a otras partes de la ciudad.

Richard Ratcliff, profesor de Economía Inmobiliaria en la Universidad de Wisconsin, ha descrito admirablemente este movimiento:

«La descentralización es un síntoma de degeneración y deterioro (dice Ratcliff) solamente en el caso de que deje tras de sí un vacío, pero saludable si es producto de una serie de fuerzas centrípetas. Gran parte del movimiento «hacia fuera» de determinadas funciones urbanas tiene lugar porque son expulsadas del centro y no porque algo situado en el exterior o en las afueras las atraiga.»

En una ciudad sana, señala el profesor Ratcliff, hay una constante sustitución de usos menos intensivos por usos más intensivos.* «Otra cuestión muy diferente es la dispersión inducida artificialmente. En este caso se corre el riesgo de perder toda su eficacia y productividad.»

Raymond Vernon ha observado en *Anatomy of a Metropolis*, que en Nueva York el desarrollo intensivo de ciertas partes de Manhattan Island mediante la creación de nuevos puestos de trabajo para *white-collars* ha empujado a muchos fabricantes a buscar otros páramos urbanos donde asentar sus reales. (Cuando los fabricantes de una ciudad prosperan y consiguen un mínimo de autosuficiencia pueden irse a las afueras o a los ayuntamientos pequeños de los grandes cinturones de las urbes, que también dependen económicamente de los efectos incubatorios de esos lugares tan maravillosamente productivos e intensivos que son las grandes capitales.)

Los usos derivados de la incubación de diversidad son de dos clases. Si se derivan de una diversidad subsidiaria, apta para atraer a la gente por medio de combinaciones de usos primarios, pueden hallar otros lugares en los que ya florezca y prospere la diversidad subsidiaria —otros lugares con combinaciones de usos primarios, entre otros factores a tener en cuenta—, o bien languidecer y, probablemente, morir. Su traslado, siempre y cuando sean capaces de hallar lugares convenientes, puede ser beneficioso para la ciudad. Ayudan a acelerar la formación de otras complejidades urbanas. Esta es, por ejemplo, una de las influencias exteriores que más nos han afectado en Hudson Street. Me re-

* Este proceso puede desarrollarse hasta el extremo de que se destruya a sí mismo, mas éste es otro aspecto de la cuestión que trataré en la Tercera Parte de este libro. Por el momento, podemos ignorarlo.

fiero a la tienda de equipo subacuático, la imprenta y al escultor que adquirió una tienda vacía para poner su estudio. Son empresas a modo de burbujas emergiendo al calor de unos generadores de diversidad mucho más intensos.

Aunque este traslado es beneficioso (siempre y cuando no se pierda por falta de base suficientemente fértil desde el punto de vista económico), es menos significativo y básico que el traslado de diversidad —primaria— acumulada existente en los centros intensivos. Pues, cuando los usos primarios, como los talleres de manufacturas, por ejemplo, emigran hacia el exterior desde núcleos de uso que ya no pueden contener toda la diversidad que generan, pueden convertirse en ingrediente de combinación primaria en lugares donde se necesita desesperadamente el uso primario que es el trabajo. Su presencia ayuda eventualmente a crear núcleos de uso combinado primario.

Un economista especialista en bienes inmobiliarios, Larry Smith, ha llamado con perspicacia a estos edificios-oficinas *piezas de ajedrez*. «Habréis agotado miserablemente las posibilidades de estas piezas de ajedrez», cuentan que dijo a un urbanista que intentaba revitalizar un número astronómico de espacios con fantásticos planes para la construcción de nuevos inmuebles de oficinas. Todos los usos primarios, sean oficinas, viviendas o salones de conciertos, son como piezas de ajedrez. Aunque se mueven de manera diferente unas de otras han de ser utilizadas de manera *concertada* si se quiere conseguir algo positivo. Como en el juego de ajedrez, un peón puede convertirse en reina. Pero las edificaciones de una ciudad se diferencian del ajedrez en esto: que no hay ninguna regla que limite el número de piezas; bien desplegadas, las piezas se multiplican por sí solas. Ventajas de la vida real.

En los centros urbanos, los organismos oficiales no pueden introducir directamente empresas enteramente privadas que sirvan ciertas necesidades después de las horas de trabajo y ayuden a vigorizar un lugar determinado. Tampoco pueden, ni aun ordenándolo, sostener esos usos en un centro urbano. Pero, indirectamente, los poderes públicos sí pueden estimular su crecimiento utilizando sus propias piezas de ajedrez —susceptibles de presionar al público— en los lugares más adecuados.

Carnegie Hall, en la Calle Cincuenta y siete Oeste de Nueva York, es un excelente ejemplo de esta acción «indicativa». La calle se ha beneficiado extraordinariamente, a pesar del handicap de sus bloques de casas demasiado largos. La presencia de Carnegie Hall, con el consiguiente uso intensivo de la calle por las noches, generó posteriormente la aparición y presencia de otro uso que requiere, precisamente, una actividad nocturna: dos salas cinematográficas. Y como Carnegie Hall es un centro musical, generó la aparición de muchos pequeños estudios musi-

cules, de danza y de arte dramático, así como salas para recitales. Todo esto está mezclado, combinado y tejido con los inmuebles destinados a residencias: dos hoteles y en las inmediaciones muchos apartamentos que albergan a toda clase de inquilinos, pero principalmente una gran variedad de músicos, artistas y profesores de música. La calle también «funciona» durante el día gracias a unos cuantos pequeños edificios destinados a oficinas, unos grandes inmuebles para uso semejante en los extremos del barrio, y gracias también a que este uso doble y equilibrado es capaz de sostener un tipo particular de diversidad subsidiaria que, con el tiempo, se ha convertido en una atracción suplementaria. La distribución de usuarios a lo largo de tantas horas al cabo del día estimula, por supuesto, el negocio de los restaurantes; los hay de todas las variedades: uno muy elegante italiano, otro ruso, realmente encantador, un tercero especializado en pescados de mar, un autoservicio, varios bares, un restaurante-express, un *Automat*,* o un par de fuentes de agua de soda y un *snack* especializado en salchichas. Distribuidos estratégicamente entre los restaurantes, los visitantes pueden comprar toda clase de monedas, joyas antiguas, libros viejos o nuevos, zapatos elegantes, objetos de arte, sombreros de superior calidad, flores, golosinas, alimentos de régimen, chocolates importados... También se compran y se venden vestidos Dior de tercera o cuarta mano o un vision de moda e incluso alquilar un coche deportivo inglés.

En este caso, Carnegie Hall es una pieza de ajedrez vital que se mueve de acuerdo con las otras piezas. El plan o proyecto que lo arruinaría todo, toda la barriada quiero decir, podría consistir, por ejemplo, en destruir Carnegie Hall y reemplazarlo por otro inmueble para despachos y oficinas. Esto es precisamente lo que estuvo a punto de suceder, por cuanto Carnegie Hall fue incluido en un vasto plan para la ciudad de Nueva York consistente en coger todas las mejores, o potencialmente buenas piezas de ajedrez y separarlas de sus compañeros de tablero instalarlas después en una isla urbanizada llamada Centro Lincoln para el Ejercicio de las Artes. Carnegie Hall se salvó por un pelo gracias a una terca resistencia-presión política ejercida por los ciudadanos en general, aunque algo se «quedaron» entre las uñas, pues ya no es la sede de la Filarmónica de Nueva York, trasladada a un lugar donde no puede ser contaminada por la ciudad ordinaria.

Este tipo de urbanismo es lastimosamente miserable; es un urbanismo que destruye ciegamente los núcleos de uso existentes en una urbe y que, automáticamente, estimula todo lo que sea estancamiento y degeneración, como un subproducto irracional alimentado por sus propias fantasías. Las piezas del ajedrez ur-

* Restaurantes automáticos. (Nota del Traductor.)

bano —en los centros urbanos las piezas de ajedrez de uso nocturno pueden ser instaladas por los poderes públicos o bajo la presión de la opinión pública— deben colocarse de modo que fortalezcan y ensanchen la vitalidad ya existente; para que equilibren, en lugares estratégicos, eventuales desequilibrios en los horarios de utilización. En el ensanche mediano Nueva York hay muchos espacios con un uso intensivo diurno, pero muertos por la noche de manera bochornosa; estos lugares son precisamente los que necesitan piezas de ajedrez como Carnegie Hall, y no el Lincoln Center. Por ejemplo, el nuevo grupo de edificaciones para oficinas de la Park Avenue, entre: Gran Station Central y la Calle Cincuenta y nueve. Y también la demarcación justamente al Sur de la Gran Central. El centro comercial de distrito en la calle Treinta y cuatro es otro de estos ejemplos. Muchos distritos, animados en otro tiempo, han decaído tristemente por haber perdido en un determinado momento en un proceso esa combinación de usos primarios que confiere atractivo, popularidad y un alto valor económico.

A esto se debe el que proyectos como los centros culturales o cívicos —además de ser terriblemente desquadrados por regla general— produzcan tan trágicos efectos en ciudades. Y es que aíslan los usos —y demasiado a menudo también los nocturnos, tan especialmente intensivos— de las paces de la urbe que, o bien los poseen, o de lo contrario enferman.

Boston fue la primera ciudad americana donde se proyectó un distrito cultural descontaminado. En 1859 una comisión de Institutos hizo un llamamiento en favor de la «Conservación Cultural» y trazó los límites de una demarcación que sería dedicada «exclusivamente a instituciones de carácter educacional científico y artístico», medida que coincidió con el principio del largo y penoso declive de Boston como el centro cultural más destacado de todas las urbes americanas. Nunca se pudo averiguar si la descontaminación y segregación deferidas de numerosas instituciones Culturales de sus emplazamientos ordinarios y de su vida corriente fue una de las muchas causas del declive cultural de Boston o si fue simplemente un síntoma o signo exterior de una decadencia ya inevitable por otras causas. Una cosa es segura: el centro urbano de Boston a sufrido gravemente por la carencia de buenas combinaciones en sus usos primarios, particularmente en lo referente a usos nocturnos y de vida cultural (que no son precisamente esos usos que se visitan de vez en cuando).

Los encargados de obtener dinero para financiar grandes empresas culturales suelen decir que las personas ricas contribuyen con mucha mejor disposición y más ampliamente si se trata de levantar islotes de monumentos descontaminados, que muestran cierto recelo por los edificios culturales aislados situados en

plena matriz urbana. De una abstracción semejante salió a la luz el conjunto Lincoln Center para la práctica de las artes, en Nueva York. Tampoco sé si es cierto lo dicho antes sobre la recaudación de fondos; no sería sorprendente, sin embargo, puesto que las personas opulentas que poseen la excepcional virtud de la ilustración han sido informadas por los expertos durante años que los *Edificios* (póngase detrás el nombre que se desee) es el único tipo de edificación digno de una ciudad.

Entre los urbanistas de centros urbanos y los grupos financieros que operan con ellos está muy extendido el mito (o la coartada) de que todos los americanos se quedan en casa por la noche contemplando la televisión; de no ser así, asisten a alguna reunión de cualquiera de las muchas asociaciones de padres de familia y maestros existentes. Esto es lo que solemos oír en Cincinnati cuando preguntamos por su centro urbano, que está muerto a partir de las cinco o seis de la tarde y, por consiguiente, medio vivo durante el día. Empero, los ciudadanos de Cincinnati hacen aproximadamente medio millón de visitas al año a los barrios de vida nocturna, por lo general muy caros, que hay al otro lado del río en Covington, Kentucky, que constituye su particular polo de atracción morboso. «La gente no acostumbra a salir», es una coartada muy usada también en Pittsburgh para explicar su centro urbano fallecido.*

Los garajes situados en el centro de Pittsburgh, instalados por las autoridades responsables del aparcamiento, funcionan solamente a un diez o a un veinte por ciento de su capacidad a partir de las ocho de la tarde excepto en el garaje central de Mellon Square, que puede alcanzar el cincuenta por ciento en los casos en que hay algún acontecimiento en los hoteles próximos. (Como los parques y las tiendas de bienes de consumo, los servicios de aparcamiento y de tráfico son de por sí ineficientes, y un derroche si carecen de una utilización diversificada en el tiempo.) Entre tanto, el problema de aparcamiento a sólo tres millas del centro urbano en un sector llamado Oakland llega a extremos realmente crueles. «Todavía no se ha disuelto un embotellamiento que ya empieza a formarse el siguiente», explica un funcionario de Aparcamiento. «Esto es un rompecabezas.» Lo comprendemos muy bien. Oakland contiene en su demarcación la Pittsburgh Symphony, el teatro de la Ópera, el grupo de teatro de bolsillo, el restaurante de moda, la Asociación Atlética de Pittsburgh otros dos clubs de la máxima importancia, la principal biblioteca Carnegie, un museo, galerías de arte, la Historical Society, una mezquita, el Instituto Mellon, un hotel favorito para los coctels, los pabe-

* Otra coartada, ofrecida con orgullo por los círculos financieros, es que «atenúan un centro urbano parecido a Wall Street». Al parecer, no han oído las noticias sobre las dificultades de la barriada de Wall Street.

lones centrales del Consejo de Educación y las clínicas más importantes. Oakland contiene una alta desproporción de usos para tiempos de ocio, ratos libres, pero también presenta un grave desequilibrio en los horarios de utilización; Pittsburg no tiene ningún lugar, ni en Oakland ni en el centro urbano, donde generar intensivamente su principal diversidad subsidiaria metropolitana. Su centro urbano lo componen tiendas de tipo estándar y una diversidad de baja estofa. La diversidad comercial de alta estofa ha escogido por lo general Oakland, al parecer como el mejor de los lugares; pero este lugar es estéril y marginal porque Oakland está bastante lejos del núcleo efectivo de uso que debe ser, por encima de todo, un corazón metropolitano.

El instrumento para conseguir en Pittsburg esta doble descompensación fue un agente de la propiedad inmobiliaria, el fallecido Frank Nicola, quien hace cincuenta años comenzó a promocionar, en la era de la Ciudad Bella, un centro cultural en la pradera de una antigua granja lechera. Tuvo un buen comienzo porque la Biblioteca Carnegie y el centro artístico habían aceptado ya como donativo un solar de las tierras propiedad de los Schenley. En cualquier caso, el centro urbano del Pittsburg de aquellos días no era un lugar atractivo para estos centros por su aspecto irremediabilmente horrible, turbio y denegrido.

Ahora, sin embargo, el centro urbano de Pittsburg es potencialmente atractivo para su uso en tiempo de ocio, gracias a la intensiva limpieza efectuada tras una conferencia celebrada en Allegheny por un grupo de hombres de negocios. Teóricamente la descompensación actualmente existente en su centro urbano y la posterior añadidura de un palacio de la música y de inmuebles de apartamentos, todo ello construido inmediatamente al lado del centro urbano. Pero todavía reina el espíritu de la granja lechera y de la cultura descontaminada de las ordinarietecs urbanas. Todos los inventos correspondientes —autopistas urbanas, cinturones de parque, aparcamientos— sirven para separar estos conjuntos urbanizados del centro urbano de trabajo y garantizan que su articulación no pasará de ser una abstracción impresa en los planos de los arquitectos, en lugar de una realidad económica viva formada por personas vivas posando y repasando en horas diferentes por las mismas calles. Los centros urbanos americanos no declinan misteriosamente porque sean anacrónicos ni porque sus normales usuarios hayan sido expulsados por los automóviles. Lo que les ocurre es que están siendo asesinados sin testigos que den fe del delito, asesinados en buena parte por una política consciente de tabicación que escinde y separa los usos de ocio de los usos de trabajo, todo ello en el mal entendido de que se está procediendo a una reordenación espacial disciplinada.

No se puede dispersar las piezas de ajedrez de uso primario aquí y allá (en una ciudad), desde luego, teniendo sólo en cuenta la indudable necesidad de extender a todo el día la utilización de las calles por los ciudadanos e ignorando las específicas necesidades de los usos como tales (por ejemplo, si están «puestos» en un lugar conveniente para ellos o no).

No obstante, esta arbitrariedad no es necesaria siquiera. De vez en cuando me he referido, con admiración, al complejo y subyacente orden interno de las ciudades. En parte, la belleza de este orden consiste en que el éxito de la combinación, en sí mismo, y el éxito de los elementos peculiares y específicos de la combinación pueden, ambos, armonizarse perfectamente; no es necesario que entren en contradicción. En este mismo capítulo he expuesto varios ejemplos de esta identidad (o correspondencia) de interés, haciendo referencia a otros por implicación: los nuevos usos de trabajo proyectados para el bajo Manhattan no sólo agravarán los peores problemas de ese distrito, sino que además y al mismo tiempo abrumarán a los nuevos empleados y funcionarios que vayan a trabajar allí con un ambiente urbano inconveniente o incómodo y un plus de gastos económicos. Y ahora pondré un ejemplo indicativo de los complejismos efectos (perniciosos, desde luego) que pueden derivarse cuando se menosprecia este orden inherente a la vitalidad de una ciudad.

Podríamos llamar a este ejemplo el caso de los tribunales y la ópera. Hace cuarenta y cinco años se inició en San Francisco la construcción de un centro cívico que, desde entonces, ha dado innumerables quebraderos de cabeza. Este singular conjunto, emplazado cerca del centro urbano con la intención de que, con el tiempo, dicho centro se fuese desplazando y reorganizando en torno suyo, no ha hecho otra cosa, desde luego, que repetir todo lo que tuviera alguna relación con la vitalidad; en efecto, sólo ha sido capaz de aglutinar a su alrededor la típica carcema que suele caracterizar estos lugares tan irremediabilmente estériles. Forman este famoso centro —aparte de innumerables y arbitrarios objetos instalados en sus parques—, el teatro de la ópera, el ayuntamiento, la biblioteca pública y varias dependencias municipales.

Ahora, suponiendo imaginariamente que la ópera y la biblioteca son piezas de ajedrez, preguntamos: ¿de qué manera habrían ayudado mejor a la ciudad? Ambas dependencias, por separado, tendrían que haber sido construidas en estrecha conjunción con las oficinas y tiendas (de gran intensidad) del centro urbano. Este caído ciudadano —y la diversidad subsidiaria que esos edificios habrían indudablemente promovido— hubiera sido también un contexto más idóneo tanto para el uno como para el otro. El teatro de la ópera está en un lugar sin la menos conexión o

relación ambiental, aunque disfruta la irrelevante comodidad que representa el edificio-servicio inmediato, el Servicio Civil de Empleo, en la parte trasera del Ayuntamiento. Por su parte, la Biblioteca constituye el muro de lamentaciones de toda la indigencia desvalida y cripto-hamponde la ciudad.

Por desgracia, en asuntos de es clase, un error no viene solo; su fecundidad es asombrosa. En 1958 se planteó a las autoridades competentes la urgencia de habilitar unos solares donde levantar una serie de juzgados de lo criminal. El lugar más lógico, esto era evidente, debía ser algún solar cercano a las otras dependencias municipales, para mayor comodidad de los integerrimos letrados y de los servicios acritos a la administración de justicia. Mas, también se advertió sin perspicacia, que el edificio destinado a morada de los tribunales de justicia era lo más apropiado para catalizar, más o menos por las inmediaciones, una diversidad subsidiaria a base de casas de empeño, prestamistas y bares poco *chic*. ¿Qué hacer? Construir el edificio de los tribunales cerca del centro cívico? ¿En el mismo centro cívico-municipal? En principio, las razones inclinaban en favor de aproximar lo más posible a los otros servicios con los cuales necesariamente había de relacionarse la administración de justicia. ¡Pero el temido contexto característico de los juzgados es lo menos apropiado para estimular la fina animación en las proximidades de un teatro de la Ópera!

Pero lo cierto es que cualquiera de las soluciones alternativas a un problema semejante ha de ser necesariamente pobre. En fin, la solución escogida consistió en instalar los tribunales a una distancia incómoda, salvándose a la Ópera de una inelegante contaminación de vida, a excepción de la (vida) «cívica», por supuesto, sin que importe ahora lo que esta última expresión pueda realmente significar.

Esta fastidiosa confusión o perpiedad no se alimenta ni muchos menos de la contradicción entre las necesidades de una urbe, en tanto que organismo, y las necesidades básicas de los diferentes usos; tampoco los típicos desconciertos urbanísticos, al menos la mayoría, surgen de estas contradicciones. Surgen, principalmente, de unas teorías en abierta contradicción con el orden de las ciudades y con las necesidades de los usos considerados individualmente.

Este aspecto de la teoría —en su caso, estética— es tan importante y tan eficiente a la hora de frustrar de todas las maneras imaginables las combinaciones primarias urbanas, que no tendré más remedio que rastrear las implicaciones de este caso un poco más adelante.

Elbert Peets, un arquitecto muy rico en su oposición —la mantuvo muchos años— al resto de los miembros de la Comisión

de Washington D. C. para las Bellas Artes, ha puesto en claro este conflicto, y aunque habla particularmente de Washington, sus observaciones son aplicables también a San Francisco y a muchas otras ciudades:

«Tengo la convicción de que son erróneos los principios a la base de importantes aspectos (de la actual ordenación urbanística de los municipios de Washington). Estos principios se han desarrollado en el transcurso de la historia y han sido capaces de recabar tantos apoyos de tapados y encubiertos intereses que las atareadas autoridades responsables del crecimiento arquitectónico de Washington los aceptan invariablemente sin rechistar, cosa que nosotros no hemos de hacer en absoluto.

«En resumidas cuentas, lo que ocurre es lo siguiente: la capital y sede del gobierno de la nación se aleja cada vez más de la ciudad como tal; los edificios y dependencias oficiales se concentran, se separan y aíslan de los edificios donde residen los ciudadanos en general. No era ésta la idea original de L'Enfant. Por el contrario, hizo todo lo que estuvo en su mano para amalgamar los dos y para que se prestara servicios reciprocamente. Distribuyó los edificios oficiales, los mercados y plazas, las sedes de las sociedades nacionales, la academias y los monumentos nacionales conmemorativos en lugares adecuados y convenientes desde el punto de vista arquitectónico, por toda la ciudad, como si pensara deliberadamente en estampar el sello característico de la capital en todas partes. A mi juicio, este criterio arquitectónico era correcto; y también era apropiado el sentimiento que lo inspiraba.

«Desde la celebración de la Feria de Chicago en 1893 se ha ido extendiendo la ideología arquitectónica que contempla "la" ciudad como si ésta hubiera de ser una monumental y casta clausura separada radicalmente de una área de "licencias" profanas y pecaminosas... No hay la menor evidencia, al proceder así, de que se tenga realmente a la ciudad como un organismo vivo, algo digno de sus monumentos y benévolo con ellos... La pérdida es social, pero también estética...»

Si reaccionáramos impulsivamente podríamos decir que aquí hay dos visiones estéticas opuestas; que es una cuestión de gusto. ¿Y qué le vamos a hacer cuando los gustos son distintos? Pero, no; el problema es algo más que una cuestión de simples diferencias de gusto. Una de estas visiones —la de los monumentales «patios de clausura»— contradice las necesidades funcionales y económicas de las ciudades, y también sus usos específicos. La otra visión —la ciudad formada por específicos núcleos focales arquitectónicos rodeados íntimamente por toda la riqueza que

un día urbano contiene en su seno— está en armonía con el comportamiento económico y funcional de las urbes.*

Todos los usos primarios urbanos, sean del tipo monumental y especial o no, necesitan su molde íntimo de ciudad «profana»; de lo contrario, todo y todos saldrán perjudicados. El edificio de los tribunales en San Francisco necesita algún tipo de molde o matriz con toda su subsidiaria diversidad. Además, las matrices urbanas necesitan, a su vez, estos usos primarios, ya que su influencia ayuda a formar las primeras. Por otra parte, una matriz urbana necesita también sus propias misceláneas internas, menos espectaculares por supuesto («licencioso revólver», para los cándidos); de lo contrario no será una auténtica matriz, sino algo parecido a los bloques de viviendas o Edificios verticales, o sea, una monotonía «profana» operando igual que las «sagradas» monotonías de los centros cívicos-municipales, como el de San Francisco.

Evidentemente, las personas que no tienen la menor idea sobre su especialidad profesional particular son las más apropiadas para aplicar arbitraria y destructivamente unos principios cuyo mecanismo interno no comprenden ni conocen en absoluto. La teoría estética de L'Enfant sobre las interdependencias entre los puntos focales y las matrices urbanas cotidianas que los rodean puede aplicarse con el fin de sembrar más usos primarios—especialmente los susceptibles de crear una apariencia monumental—, y tener en cuenta las estructuras de relación económica u otras verdaderamente operativas que ellas requieren. Pero la teoría de L'Enfant es admirable, no en tanto que abstracción visual al margen de alguna función en concreto, sino más bien por su capacidad para ser aplicada y adaptada de acuerdo con las necesidades de establecimientos reales en ciudades reales. Si se respetan y se tienen en cuenta estas necesidades funcionales resulta entonces imposible aplicar las teorías estéticas que glorifican los usos aislados y enclaustrados, tanto los «sagrados» como los «profanos».

En los distritos urbanos donde predomine (o exista una buena concentración) residencial ocurre lo mismo que en los centros urbanos: cuanto mayor sea la complejidad y la variedad de los usos primarios susceptibles de expansión, tanto mejor. Ahora bien, la pieza de ajedrez esencial que hace falta en estos distritos es el uso primario de trabajo. Como vimos en los ejemplos del parque de Rittenhouse Square o en Hudson Street, pueden inte-

grarse positivamente estos dos usos primarios: calles animadas a mediodía con trabajadores, cuando de las viviendas no emerge vida suficiente, y calles animadas a última hora de la tarde y por la noche con vida procedente de las viviendas, cuando los centros de trabajo están vacíos.

Nos han atalondrado tanto insistiendo en lo deseable que resulta separar las viviendas de los lugares de trabajo que hace falta un serio esfuerzo para contemplar la vida real y observar que los distritos residenciales en donde no se combina este uso con el de trabajo no hace ningún bien a las ciudades. En un artículo sobre los ghettos negros aparecido en el «New York Herald Tribune», su autor, Harry S. Ashmore, citaba las siguientes palabras de un líder político:

«Al parecer, los blancos quieren volver aquí, a Harlem después de quitárnoslo a nosotros. Se comprende, porque (Harlem) es el distrito que tiene los solares más atractivos de toda esta área. Tenemos colinas y panorámicas de ambos ríos, los transportes son buenos y, por si fuera poco, es la única zona interior que no tiene ninguna industria.»

Sólomente en virtud de los teoremas de la teoría urbanística convencional es Harlem un conjunto de solares altamente atractivos. Desde la época de sus primeros moradores, pertenecientes a las clases media y alta (blancas), Harlem no ha sido nunca un distrito residencial viable, económico y vigoroso; y, probablemente, no lo será nunca (sean cuales fueren sus habitantes) hasta que se introduzca, entre otras mejoras físicas, una buena y saludable combinación de usos de trabajo junto a sus actuales masas de viviendas.

No se pueden alumbrar sólo con buenas intenciones usos primarios de trabajo en los distritos residenciales; como tampoco, en consecuencia, la diversidad subsidiaria. Poco puede hacer una política oficial, en relación con el alumbramiento de un tejido de usos de trabajo allí donde éstos están ausentes; lo único que está a su alcance es permitirlos y estimularlos, indirectamente.

Los esfuerzos por introducir reclamos positivos no responden en ningún caso a la necesidad más apremiante; no es ésta la manera más provechosa de emplear las energías en todas esas áreas grises y monótonas tan necesitadas de vitalidad. Lo primero es concentrar los esfuerzos en la tarea de hacer realmente operativo en tanto que usos primarios las «piezas de ajedrez» básicas ya existentes en los distritos residenciales fracasados. El mercado de zapatos de Louisville, aunque constituye un ejemplo más bien sorprendente, clama en favor de este tipo de oportunismo. De la misma manera funciona, en buena parte al menos, la villa de Brooklyn, o una porción del Bronx; y en realidad, todas

* La Biblioteca Pública de Nueva York, situada en la Quinta Avenida esquina con la Calle Cuarenta y dos, es un excelente ejemplo de estos focos (de vida) arquitectónicos; el viejo Jefferson Market Courthouse en el centro de Greenwich Village es otro. Estoy segura de que todos los lectores están familiarizados con algún modelo focal individual de este tipo.

la áreas interiores monótonas existentes en casi todas las grandes capitales.

¿Cómo puede utilizarse la existencia de lugares de trabajo oportunamente y con aprovechamiento? ¿Cómo se les puede ayudar a formar, con viviendas, núcleos efectivos de uso de calle? Llegados a este punto hemos de hacer una distinción entre el típico centro urbano y el distrito residencial en crisis. En los centros urbanos el handicap más grave suele ser la carencia de una suficiente combinación de usos primarios. En la mayoría de los distritos residenciales, especialmente en las áreas en declive, la falta de combinación primaria es normalmente sólo un handicap, y en ocasiones no es el más grave. Ciertamente, no es difícil encontrar ejemplos de combinación de trabajo y vivienda con escasos resultados en cuanto a diversidad y vigor. Esto se debe a que la mayoría de los distritos residenciales urbanos están formados por bloques de casas demasiado grandes; en otros casos, la razón es que todos fueron contruidos al mismo tiempo y, desde entonces, no han podido superar el handicap de este tipo de uniformidad; mas, por lo general, la causa es su bajo nivel de población, en cifras absolutas. En resumen, son deficientes en varias de las cuatro condiciones generadoras de diversidad.

En lugar de preocuparse por saber de dónde va a venir suficiente trabajo, el problema primero es identificar —en los distritos residenciales— el (trabajo) ya existente y derrochado en tanto que elemento de uso primario. En las ciudades, lo más juicioso es trabajar sobre la base de lo ya existente, para enriquecerlo. Si lo que se quiere es conseguir excelentes combinaciones de trabajo y viviendas —donde existan o quepa la esperanza de ello— es necesario comprender la función que desempeñan los otros tres generadores de diversidad.

No obstante, me anticiparé a la discusión del tema (en los próximos tres capítulos) diciendo lo siguiente: de los cuatro generadores de diversidad, dos representan problemas de fácil tratamiento a la hora de aplicarlos a la curación de los males de las áreas grises (es normal que ya existan edificios antiguos susceptibles de participar positivamente en esta recuperación); tampoco es imposible trazar calles adicionales en lugares donde sean necesarias. Se trata de problemas de menor importancia comparados con la limpieza general y en gran escala de espacios característica de los grandes proyectos urbanísticos convencionales (y en los que nos hemos acostumbrado a derrochar nuestro dinero).

Empero, las otras dos condiciones necesarias —combinaciones de diversidad primaria y suficiente concentración de viviendas— presentan problemas de solución mucho más difícil cuando están ausentes en grado importante. En estos casos, lo más sensato es

empezar por una cualquiera de estas dos condiciones, ya existente, o que pueda ser estimulada con mayor facilidad.

Los distritos urbanos que plantearán el problema más difícil serán sin duda las áreas residenciales grises carentes del tónico que es el trabajo y sobre las cuales operar, o carentes de una alta densidad de viviendas. Las áreas urbanas fracasadas o próximas a este estadio sufren graves problemas no tanto por lo que tienen (que habremos de considerar siempre como una base sobre la cual operar), como por lo que les falta. Una área gris severamente afectada por carencias de tan difícil solución sólo podrá vigorizarse en el caso de que le presten ayuda otras áreas grises circundantes (pero al menos con un embrión de combinación primaria) y en el caso de que los centros urbanos correspondientes sean revigorizados con una mejor distribución de la presencia de la gente durante todo el día. Cuanto mayor sea el éxito de una ciudad en el alumbramiento de diversidad y vitalidad en cualquiera de sus aspectos, mejores por supuesto serán sus posibilidades de éxito en otras partes de la misma (incluyendo, eventualmente, aquéllas que planteaban los problemas más difíciles y desmoralizadores).

No hace falta decir que las calles o distritos con buenas combinaciones de usos primarios y exitosas en el alumbramiento de diversidad urbana deben ser mimadas con una preferencia exquisita, y no menospreciadas o destruidas dispersando o tabicando sus elementos componentes. Mas, desgraciadamente, los urbanistas convencionales únicamente ven, al parecer, en estos atractivos y populares lugares una irresistible invitación a la aplicación de los destructivos y estúpidos principios de la urbanística ortodoxa. Armados de suficientes fondos federales y de una no menos suficiente dosis de poder, los urbanistas son capaces de destruir sin mayores dificultades las combinaciones primarias mucho más aprisa de lo que tales combinaciones les cuesta desarrollarse en los distritos no urbanizados convencionalmente, con la consiguiente pérdida neta de combinación primaria básica. En verdad, esto es lo que está sucediendo en la actualidad.